

Libertad, todos gritaron!
 Sonó su grito en la historia,
 Y para inmortal memoria,
 Se oyeron lentas, pausadas.
 Vibrar "once" campanadas
 Como once ritmos de gloria.

Convierte en tienda de guerra
 Aquel "curato" ruín,
 Y tiembla el vasto confin
 De la americana tierra.
 Ya nadie su paso cierra;
 Se oyen repiques á vuelo:
 Brota guerreros el suelo,
 Y el ibérico dominio.
 Oye el grito de exterminio
 Que rompe y vibra en el cielo!

La Virgen de Guadalupe
 Pone en la blanca bandera,
 Y aquella turba altanera,
 Cual ola que el mar escupe,
 Lluvia torrencial que tupe
 En la montaña y desierto,
 Dirige su paso cierto;
 Y ya en los campos de Marte
 Iza el glorioso estandarte,
 Cual nave que llega al puerto.

Quedóse el templo cerrado;
 Despareció el sacerdote,
 Y de la guerra al azote
 Va en su corcel el soldado;
 El caudillo denodado
 Hace estremecer la tierra;
 Nada su valor aterra;
 Audaz, terrible, valiente,
 A su voz toda la gente
 Levanta el grito de guerra!

Mira el peligro el blasón
 De la antigua monarquía,
 La tierra que presentía
 En sus ensueños Colón.
 Siente roto el eslabón
 De la americana zona;
 Nueva conquista pregona,
 Y jura á Dios y á sus leyes,
 De los católicos reyes
 No quebrantar la corona.

Torna á emprender la cruzada
 Con el estandarte aquel,
 Que vió la reina Isabel
 En los muros de Granada.
 Atrevida es la jornada,
 El lance terrible es,
 Ya tiene puesto el arnés
 Y se lanza decidida,
 Cuando ha quemado atrevida
 Sus naves como Cortés.

Puede el sepulcro encontrar,
 Luchando con fiera saña,
 Como Hernando allá en España
 La rota de Villalar;
 Abandonando el altar,
 Y con el místico arreo,
 Busca á España en el torneo,
 El sacerdote cristiano,
 Y del estandarte hispano
 Hace su primer trofeo.

En Guanajuato la altiva,
 Lanza el turbión de su gente,
 Cual desatado torrente,
 Desde las rocas de arriba;
 Allí el combate se aviva;
 Terrible se hace el torneo;

Y entre el rudo clamoreo,
Que llena el gigante foro,
Siente sus entrañas de oro
Temblar con el cañoneo.

Le contemplan las edades,
Sobre su corcel violento,
Atravesar como el viento
Los campos y las ciudades,
Rumor de las tempestades
En ese grito que estalla
En sus filas de batalla,
Cuando á las primeras luces
Llega al "Monte de las Cruces,"
En busca de la metralla.

¡Cuánta admiración provoca,
Cuando de virtud ejemplo
La bóveda azul por templo,
Y por altar una roca;
Allí á la victoria invoca
En aquel terrible embate!
¡Angustiado el pecho late
De duda, nunca de espanto;
Que allí el "Sacrificio Santo"
Es prólogo de un combate.

Ronco grito al fin estalla,
Cuando al descubrirse el sol
El ejército español
Llega al campo de batalla.
Heridas por la metralla,
Del combate en el espanto,
Allí se encuentran en tanto
De la lucha en los horrores,
La "bandera de Dolores"
Y la que triunfó en "Lepanto."

El caudillo denodado;
De la batalla en el centro,

Acude á cualquier encuentro
Como un experto soldado.
En el momento angustiado,
Llegan y llegan legiones,
Y lanza sus batallones
Y los roncos alaridos
Hasta cubrir con su pecho
La boca de los cañones.

Del anciano á la influencia,
Sigue la lucha empeñada,
Sobre la arena escarbada
Venden cara su existencia;
Heróica es la resistencia;
Pero su valor se agota,
Lívido el pánico brota,
Habla entusiasta el caudillo,
Y en el campo de Trujillo
Se declara la derrota.

De aquella sangrienta arena
Como un sonámbulo sale:
Sólo su valor le vale;
Su actitud noble y serena
Su voz tonante resuena;
Donde el desorden se nota
Carga la hueste patriota:
El arma en el fuego temple:
Y "Guanajuato" contempla
Su más terrible derrota.

Quiere recobrar su fama;
Con los restos de su gente
Cierra denodado el "Puente."
Y allí la victoria llama,
Con el corazón la aclama
Que rudo en su pecho late;
¡Mas ¡guay! su pendón se abate.
Y guarda como un blasón

El "Puente de Calderón"
La historia de aquél combate!

Entre soñando y despierto,
Va del desastre en la sombra;
A su espíritu no asombra
La soledad del desierto.
Por la traición descubierto
Cae en la red que le tiende:
El enemigo sorprende
Aquellos heroicos restos
Y encuentra firme en sus puestos
A Aldama, Abasolo, Allende.

Hidalgo, con faz serena
Y con ademán severo,
Va, como siempre, el primero:
Alma de temor ajena,
El sicario lo encadena,
Con una furia cobarde;
Y á la luz del sol que arde,
Chihuahua los mira entrar
Entre el rumor popular
De su presa haciendo alarde.

El sacerdote se entrega
En brazos de su destino:
Es que un aliento divino
A su ser sublime llega.
Desde el patíbulo lega
Al mundo que está delante,
Ese espíritu gigante
Que aún palpita en esta tierra,
En cuanto aprisiona y cierra
Del Pacífico al Levante.

¡Sube con tu frente clara
Al cadalso, heroico ejemplo
Para tí la historia es templo
Y el patíbulo es el ara!

¡Lleva tu fama preclara
Luz esplendente de gloria!
¡Oh qué gigante memoria!
¡Qué recuerdo tan profundo!
¡Cumpliendo estás en el mundo
La ley fatal de la historia!

De la existencia la tea
Se extingue al golpe instantáneo,
El plomo al herir tu cráneo
Dejará intacta la idea;
El rojo so' que flamea
Recorriendo el firmamento,
Con el ímpetu del viento
Que arrolla las tempestades,
A las futuras edades
Llevará tu pensamiento!

¡No temas, no; tu nombre
No lo tragará el olvido;
Que un pueblo lleva esculpido
Con luz de estrella tu nombre!
Tú serás, y no te asombre,
Mito en las libres naciones,
Y al sombrear tus pendones
Los altares de la gloria,
Adorarán tu memoria
Siglos de generaciones!

Esa campana que un día
Entre el rudo desconcierto,
Resucitó á un pueblo muerto,
A una nación que dormía;
La escuchamos todavía,
Timbre augusto en nuestra historia,
Que guardará esa memoria
Entre su bronce bendito,
Con aquel solemne grito
De "Independencia" y de gloria.



LEONA VICARIO (*)

I

Reclusión y Libertad

Del Colegio de Belén
los recios muros ocultan
á doncella que es tesoro
de bondad y de hermosura.
Luce en su frente el candor
del alma sin nube alguna,
y de sus ojos tan negros
como sus cejas oscuras,
escápanse de virtud
los destellos que fulguran
á la manera del astro
al disiparse la bruma.
¿Qué tiene la hermosa joven,
por qué sus quejas se escuchan
lo mismo al rayar el alba
que cuando el sol ya no alumbra?
De Nueva España nacida
en la metrópoli culta,
en Abril de setecientos

(*) Se consultó la interesante obra: "Leona Vicario," del señor Lic. don Genaro García, para escribir el presente romance.—N. A.

ochenta y nueve, su cuna
 cubrióse con los cendales
 de la existencia que arrullan
 los cánticos del amor
 en bienhechora coyunda
 con la suerte bonancible
 que calma y dicha asegura.
 En breve quedóse huérfana,
 y aunque posición la ayuda,
 siente en su pecho el vacío
 de seres que no la escudan;
 que si un tío la acompaña
 del mundo en la horrible lucha,
 es de distinto pensar
 y esto su confianza trunca.

Agustín Pomposo vive
 sirviendo al rey sin disputa,
 como antiguo caballero
 fiel al trono que le busca.

Leona Vicario es ardiente
 partidaria de la "chusma"
 que allá en Dolores alzó
 por la Independencia un cura;
 y en el campo donde alienta
 con Morelos la fortuna,
 hay un bravo paladín
 á quien la brega no asusta,
 ni el castigo que á traidores
 los virreinales auguran.

Andrés Quintana es el bravo
 paladín que con fe pura
 á Leona brinda su amor,
 sus afecciones profundas.

Y lejos se halla el amante
 y el lloro la faz inunda
 de la joven que á su Andrés
 idolatra como nunca.

Don Agustín, que comprende
 de su sobrina las luchas,

su adhesión por los guerreros
 de la libertad augusta,
 al Colegio de Belén
 la lleva como reclusa,
 para que el Gobierno juzgue
 su devoción y su culpa.
 Allí vive la doncella,
 los recios muros la ocultan;
 allí de sus puros labios
 las hondas quejas se escuchan,
 lo mismo al rayar el alba
 que cuando el sol ya no alumbra.

Más de un mes ha transcurrido
 desde el día en que reclusa
 se viera en aquél colegio
 la joven hermosa y pura.
 Sus amigos, los parciales
 de la Independencia, luchan
 por salvarla á toda costa
 de la prisión que la abruma;
 y entre aquellos defensores
 del suelo que vió su cuna,
 está Andrés el adorado,
 que la protege y escuda.
 No falta entre los realistas
 que de la joven se ocupan,
 personaje que asegure
 que el colegio no se ajusta
 á quien esconde en el pecho
 ideas de importancia suma;
 que temiendo la evasión,
 indispensable lo juzga
 sea trasladada sin tregua
 á otro sitio la reclusa.
 Mas corre el tiempo y no cambia
 de los jueces la conducta,

y ya mira realizada
Leona Vicario su fuga.

Conne Abril del año trece,
y al abrigo de la obscura
noche que tiende su velo
por la metrópoli culta,
seis embozados se acercan
á la fábrica vetusta
donde la joven Vicario
con sus pensamientos lucha.
Dos se encaminan en breve
á la portería muda;
con presteza á los guardianes
de aquél lugar aseguran;
dirigense al aposento
que á la joven les oculta,
y dos minutos después
emprenden la ansiada fuga
llevando el rico tesoro
como emblema de fortuna.

Algunos días más tarde,
cuando vigilancia suma
disminuyó sus ardores,
sin esperanza ninguna,
pobres arrieros salían
de la metrópoli culta
con un atajo de burros
llevando cueros y frutas.
Sobre "huacales" marchaban
mujeres con caras mustias,
demostrando en sus harapos
las indigencias que abruman.
Entre aquéllas infelices
caminaba alegre una

negra, de aspecto infernal,
en cuyo semblante, nunca
hubiérase sospechado
á aquella joven reclusa
que se demostrara ardiente
partidaria de la "chusma
que allá en Dolores alzó
por la Independencia un cura.
Ella había dicho al borrar
con la tinta su hermosura:
"No importa que yo parezca
"de los avernos la furia,
"si así logro contribuir
"á la libertad futura
"de aqueste suelo bendito
"donde se meció mi cuna."

II

Un matrimonio de insurgentes

Alegre está la campiña,
muy alegre el campamento;
la naturaleza viste
de ricas galas el suelo.
En todas partes la luz,
el perfume, los conciertos;
endechas en la espesura,
entre las flores el céfiro,
arriba el azul sin mancha
sobre los picos excelsos.
¡Qué entusiasmo en los hogares,
qué día tan puro y sereno;
cómo se eleva el espíritu
á la región de lo bello,
y cómo brinda el amor
con sus plácidos ensueños,

al que un instante se acoge
á dulce paz y sosiego!

Agitanse los soldados,
bulle la gente del pueblo;
la música con sus sonos
va aumentando el embeleso
de que poseídos se hallan
los corazones aquellos
de la turba campesina
y de los bravos guerreros,
que treguas dando al combate
y á los heroicos esfuerzos
por conquistar en el mundo
la Independencia de México,
se olvidan de la amargura,
de la inquietud y el desvelo,
para unir sus visiones
al mutuo contentamiento.

Tras largos meses de ausencia
en que marchitas se vieron
las flores de la pasión,
de los deleites supremos,
y agobiadas por el soplo
de vendavales maléficos,
sin aroma ni matices
rodaron por el desierto;
don Andrés Quintana Roo,
del insurgente modelo,
torna á mirar en sus brazos
al dulce y cándido objeto
de su risueña esperanza,
de sus amores sin término.

Y el buen Dios, que sus bondades
derrama sobre los buenos,
premiando así las fatigas
y los dolores acerbos,

une al fin con lazo fuerte
á los que vida pusieron
y bien estar y reposo
en bien del nativo suelo. (*)

Mas la tregua no se impone
de lucha en horribles tiempos;
es preciso que á la lid
tornen los bravos guerreros;
que si por la patria luchan
y su innegable derecho,
indigno de mexicanos
fuera hundirse en el deleño
que la dicha les ofrece
con su quietud y sosiego.

Y allá van los combatientes
con su titánico esfuerzo,
á medir sus energías
con el valor del íbero;
y quédense en lontananza,
para los ánimos quietos,
endechas en la espesura,
entre las flores el céfiro,
arriba el azul sin mancha
sobre los picos excelsos.

III

El Sacrificio y la Gloria

Apenas brota la luz
del Congreso en Chilpancingo,
y ya se obliga á sus miembros
á emprender aquel camino

(*) No ha podido averiguarse todavía el lugar y fecha exactos del matrimonio de los dos insurgentes.—N. A.

de lutos y privaciones,
de desengaño infinito,
que fué imagen del Calvario
para los patriotas dignos
que en las aras del deber
y del santo patriotismo,
sacrificáronse fieles
sin exhalar un gemido,
la cabeza erguida y firme,
en la mirada los vivos
fulgores que centellean
de genios nunca extinguidos,
y en el corazón lo noble,
lo que se eleva, lo altivo,
lo que desafiando está
la furia del enemigo,
con ese ardor que presiente
libertades ó suplicios.

Y así marchan sin temor,
en pugna con el destino,
por los montes y los valles,
los pueblos y los bohíos.

En Tlacotépec descansan
por un momento tranquilos,
y luego sigue la errante
comitiva por los sitios
de Las Animas, Uruapan,
Potuco, Tiripitío.

En todas partes se yerguen
los realistas enemigos;
mas al acero se oponen
los denodados civismos
de los que llevan por guía
en la ruta del martirio
la estrella de redención
para México cautivo.

Entre aquellos luchadores,
los de sin par heroísmo,
levántase la mujer
de Quintana Roo el invicto,

que desafiando las penas,
dolores y sacrificios,
de grupo en grupo camina
impartiendo sus auxilios
y derramando en las almas
de los pobres fugitivos
las frases consoladoras
de un futuro bendecido
en que la hoguera no altumbre
de la matanza y el vicio,
sino la aurora feliz,
de la contienda al abrigo.

Con la muerte conquistaron
la corona del martirio,
Morelos y Matamoros,
Galeana y otros dignos
de sempiterno laurel
y de inmarcesible olivo.

Ya no funciona el Congreso
que naciera en Chilpancingo;
la traición y la perfidia,
la desconfianza, el olvido,
surgir hicieron las crueles
escenas de San Francisco (*)
mas por los montes y valles,
los pueblos y los bohíos,
encaminanse afanosos
los patriotas fugitivos;

(*) "El Supremo Congreso entró en Tehuacán, el 16 de Noviembre (1815), y el 10 del siguiente mes, acordó trasladarse al pueblo de Coxcatlán, para gozar de mayor seguridad; pero poco tranquilo aún, se retiró de allí á la hacienda de San Francisco, donde fué aprehendido y disuelto, pocos días después, por fuerzas insurgentes "rebeladas en su contra."—Obra del señor Lic. García, ya citada.—N. A.

la dolencia no quebranta
su valor y su prestigio,
ni hiera sus ilusiones
lo próximo del peligro.

Estrechados más y más
y á cada paso seguidos
por virreinales que quieren
aprehenderlos de continuo,
don Andrés Quintana Roo
y su esposa, pobre asilo
demandan en Achipixtla,
y una cueva les da abrigo.

Falta de dulce calor,
sin pañales, sin armiños,
mas con el fuego sagrado
que brota del patriotismo
y el santo amor de sus padres,
reflejo de amor divino,
vió la luz una criatura,
Genoveva, cuyo brillo
iluminó como aurora
el horizonte sombrío. (*)

Y la leyenda refiere,
en su lenguaje sencillo,
que en un "huacal" fué llevada
la niña al almo recinto
que alzaba lejos, muy lejos
su campanario mezquino.
Allí en brazos de Ravón,
del general noble y digno,
purificáronla entonces
con las aguas del bautismo;
y aquella niña fué el lazo
que más unió los destinos
de dos grandes redentores

(*) El Nacimiento de la niña Genoveva, tuvo lugar en la cueva de Achipixtla, el 3 de Enero de 1817, según consta en el libro citado en la nota anterior.—F. V.

de nuestro suelo oprimido;
el imán al que tendieron
culto y afecciones íntimos,
y en la futura contienda
con los dolores prolijos,
el bálsamo bienhechor,
de sus penas lenitivo.

¡Sublime culto á la patria
que así elevas al cautivo
de la condición de esclavo
á la de hombre redimido;
culto que engendras fortuna,
levantas á los caídos
y haces brillar en la Historia,
como diamantes purísimos,
las prodigiosas labores
que los genios redivivos,
que, como Leona Vicario
con su ardiente patriotismo,
ejemplo dieron al mundo
de abnegación, de cariño,
labrando con sus virtudes,
por los siglos de los siglos,
la recompensa de gloria
que ofrecen los redimidos
al que surge en el Tabor
después de los sacrificios!

FULGENCIO VARGAS.



VILLALONGIN.

I.

El caudillo de Dolores,
el gran padre de la patria,
que fué el primero que heróico
apresuróse á salvarla;

Si bien triunfó en Guanajuato,
donde entre lluvia de balas
tomó, al fin, de Granaditas,
la Alhóndiga amurallada,

Y en el Monte de las Cruces,
con sus huestes entusiastas,
alcanzó sobre Trujillo
de la victoria la palma;

En San Gerónimo Aculeo,
de la fortuna voltaria
sufrió los crúeles destienes,
y vió humilladas sus armas.

Pero tan grave desastre
al gran héroe no amilana,
que es de un acerado temple
su ardiente y fogosa alma.

Tal derrota fué aguijón
para su valiente espada,
y la sangre de sus bravos
juró, cuanto antes, vengarla.

Para reparar sus fuerzas,
para proveerse de armas,
y ponerse en aptitud
de emprender nueva batalla,

Resuelve á Valladolid
dirigir luego su marcha,
y sus tropas se encaminan
á esta ciudad michoacana.

II

Erase el diez de Noviembre,
cuando difundióse pronta
la noticia de que Hidalgo,
con el grueso de sus tropas

Llegaba por la garita
que del "Zapote" se nombra,
y á ocupar la población
se disponía sin demora.

El intendente Anzorena
que Hidalgo en ocasión otra,
nombró para tal encargo
por ver que era buen patriota,

Se apresuró á recibirlo
con la espléndidez y pompa
que merecía el caudillo
de nuestra América hermosa.

Su presencia, el entusiasmo
despertó en las almas todas,
y en defensa de la patria
quisieron volar fogosas.

Muchos vallisolanos,
ansiosos de lustre y gloria,
se aprestaron á enroscarse
del héroe ilustre las tropas.

Entre ellos fué Don Manuel
Villalongín, cuya esposa,
doña Josefa de Huerta,
era su delicia y gloria.

Pero amante al mismo tiempo
de su patria encantadora,
se resolvió ir á la guerra
dejando á aquélla llorosa.

Dice ¡adiós! á su consorte;
en su brioso corcel monta;
y marcha á Guadalupe
con Hidalgo á quien adora.

III

El valiente Antonio Torres
que en terrenos de Jalisco,
de la sacra Independencia
propagara el fuego activo;

Salte al encuentro del héroe
con inmenso regocijo,
y llega á San Pablo Anasco
á donde fué á recibirlo.

Todas las autoridades
y principales vecinos,
con un suntuoso banquete
le obsequiaron contentísimos.

Al llegar á la ciudad,
el clero todo reunido,
cantó un solemne "Te Deum,"
dando gracias al Altísimo.

Y después allá en palacio,
respetuosos y sumisos,
á darle fueron sus plácemes
los galantes tapatíos.

La oficialidad de Hidalgo
provoca elogios muchísimos
por su elegante apostura,
su aire marcial y su brío.

El, para excitar su aliento
y darle mayor estímulo,
les brinda ascensos honrosos
á los que juzga más dignos.

En Villalongín notando
gran valor y patriotismo,
él, de Mariscal de Campo
le honra luego con el título.

El valiente michoacano,
viéndose así distinguido,
jura de grado tan alto
jamás, nunca hacerse indigno.

Jamás rendirse cobarde,
y jamás, pedir sumiso,
en ninguna circunstancia
el indulto al enemigo:

Pelear siempre sin descanso
hasta triunfar por su brío,
ó en las aras de la patria
perecer, como buen hijo.

IV.

Calleja, al tener noticia,
de que se encontraba Hidalgo
en Guadalajara al frente
de su ejército esforzado,

Se apresura ir á batirlo,
y dejando á Guanajuato
emprende luego su marcha,
llegando impaciente á Lagos.

Se une con Cruz, y reunidos
ya los ejércitos de ambos,
forman uno solo y fuerte
do va el marqués de Gallardo.

Hidalgo no se intimida;
sino que por el contrario,
lleno de fe y de confianza
y latiendo de entusiasmo,

Salir al encuentro vuela
del enemigo, tomando
posiciones en el Puente
que es de Calderón llamado.

Calleja el ataque emprende,
el regimiento San Carlos
retrocede por dos veces
y su coronel Ceballos.

Hidalgo, Torres y Allende
se batien cual leones bravos,
y hacen esfuerzos heróicos
que admiran aún los hispanos.

En medio de la refriega,
como un paladín luchando,
se mira un bravo insurgente
sobre arrogante caballo;

Es Villalongín que alcanza
de gloria espléndido lauro,
y entre medio de las balas
se ve sereno y gallardo.

La victoria que indecisa
se le miró vacilando,
al fin brinda sus favores
al ejército contrario.

Nuestras tropas se dispersan,
para el Norte marcha Hidalgo,
y Villalongín retorna
hácia el suelo michoacano.

V.

Así cual basta una chispa
para incendiar desde luego
los campos, en una hornaza
los poblados convirtiendo;

Del mismo modo la guerra,
con su devorante fuego,
en el vasto Michoacán
hizo resonar su estruendo.

En las regiones del Sur
si el intrépido Morelos,
seguido de la victoria,
iba blandiendo su acero,

Rayón sostenía en Zitácuaro
con gran heroísmo el cerco,
y allí Benedicto López
se distinguía por su esfuerzo.

Manuel Muñiz en Tacámbaro,
intrépido guerrillero,
recorría Turicato,
Ario, Acuitzio y Undameo.

El valiente Antonio Torres,
cual ninguno, bravo, intrépido,
con el Padre Navarrete,
en Zacapu, en Zipimeo,

Con Castillo Bustamante
medían sus armas violentos
y en Pátzcuaro y Cucupao
escursionaban ligeros

Entre todos, quien sus bríos
como indomable guerrero
mostraba, y nunca cobarde
se le vió huir como ciervo.

Era aquel Villalongín
que juró morir primero,
que rendirse al enemigo,
ni traidor venderse pérfido.
Por eso grande ojeriza
le tenían los europeos,
y de tomar de él venganza
abrigaban los intentos.

VI

Corría el año de once,
y el sanguinario Trujillo,
en Valladolid mandaba
como un cruel tirano inicuo.

El rencor hervía en su pecho;
el odio era su delirio
y la terrible venganza
la sed de su innoble espíritu.

Siempre en perpétua zozobra
estaba en su domicilio,
pues los bravos insurgentes
no le dejan tranquilo.

Cualquiera detonación
le parecía el enemigo,
y temblaba al escuchar
el más inocente ruido.

Muñiz, Torres, Navarrete,
Rayón y Verduzco Sixto,
eran hombres que le hacían
temblar y ponerse lívido.

Villalongín entre todos,
que excursionaba atrevido
por los pueblos inmediatos
sin conseguir destruirlo,

Era el que más le inquietaba:
y para que, al fin, sumiso
el temible guerrillero
viniera á indultarse tímido,

El demonio le inspiró
el proyecto más maligno
que pudo en cabeza humana
cabér, y en un pecho impío.

A ejecutarlo se apresta
aquel tirano maldito
que siempre será en la historia
el borrón más renegrido.

VII.

Doña Josefa de Huerta,
de Villalongín la esposa,
que en su hogar vivía tranquila
como una honrada matrona;

Pasaba los largos días
y de la noche las horas,
en su consorte pensando
v suspirando amorosa.

A la reina de los cielos,
consuelo de los que lloran,
en silencio dirigía
oraciones fervorosas,

Para que de los peligros
y las balas silbadoras
librara á su esposo amante,
como madre cariñosa.

Dulce consuelo tenía
en su soledad recóndita,
y un alivio á sus pesares
hallaba la fiel esposa.

Cuando con toda reserva,
cuando con cautela toda
de su Manuel le venía
alguna carta afectuosa,

Donde el bravo guerrillero
le refería las victorias
que en los campos alcanzaba
con su espada vencedora.

Así pasaba los días
y de la noche las horas,
suspirando por su esposo
aquella digna matrona.

Cuando hé aquí que de repente
penetran hasta su alcoba
los esbirros de Trujillo
con saña amenazadora.

Y sin respeto á su sexo
ni á su calidad notoria,
con ultrajante manera
presa violentos la toman.

Y por la calle, cual reo
vulgar, con palabras toscas
la llevan hasta la Casa
de Recogidas, la arrojan.

En asquerosa prisión;
confundiéndolo á la matrona
con las viles criminales
que allí encarceladas moran.

—¿Qué delito he cometido?
A solas se preguntaba,
al verse en mazmorra oscura,
aquella inocente dama.

¿Qué delito ha cometido?
¿Qué de su prisión es causa?
Muy pronto el tigre maldito
se acercará á revelársela.

En efecto, el cruel Trujillo
que tiene más negra el alma
que el sombrero que le cubre
y el embozo de su capa,

Al calabozo penetra
y con ásperas palabras,
y con acento furioso
así le dice á la dama:

—“Usted, señora, es la esposa
de un vil bandido que anda
con gavilla de insurgentes,
contra el rey sobre las armas.”

—“Mi esposo no es un bandido,
le contesta ella indignada,
es un valiente que lucha
por libertar á su patria.”

—“Es un bandido, repito;
y vengo á notificarla,
que si dentro de tres días
de la presente semana

No se indulta su marido
y no depone las armas,
usted, esa es su sentencia;
usted será fusilada.

Puede hacérselo saber;
un propio irá con la carta,
y procure persuadirlo
á que deje la campaña.

De lo contrario, ya sabe:
la muerte es la que le aguarda,

y él, cuando fuere aprehendido,
le destrozarán las balas."

Y con ademán grosero,
sin proferir más palabras
del calabozo salió
dando arrogantes pisadas,

Dejando á la infeliz presa
afligida, consternada,
con el dolor en el pecho
y en los ojos con las lágrimas.

IX.

En el campo se encontraba
el aguerrido insurgente,
cuando observa que un correo
hacia en dirección de él viene.

Le da un vuelco el corazón;
una desgracia presiente.
y al encuentro del que llega
va pronto sin detenerse.
una carta aquél le entrega,
rompe el sobre prontamente
y con el alma angustiada,
de prisa, de prisa lee.

Al concluir, fuego sus ojos
arrojan, estremecerse
de ira é indignación el alma
el bravo guerrero siente.

—"Está bien, dice al enviado,
procurando contenerse,
yo veré lo que resuelvo,
vuélvase inmediatamente."

Cuando el correo en el camino
al irse, desaparece,
Villalongín así exclama
con voz iracunda y fuerte:

—"¿Conque el infame Trujillo
que yo me indulte pretende,

y pone presa á mi esposa
para así más compelerme,
Y llega su tiranía
hasta sentenciarla á muerte,
si yo no rindo las armas,
como un cobarde? ¡qué alevel!

¡Indultarme! ¡Jamás! ¡Nunca!
En juramento solemne
lo ofreci y he de cumplirlo
aunque á todo el mundo pese!

¡Dejar que mi esposa amada
como víctima inocente
sea sacrificada! ¡nunca!
¡Debo ir á salvarla, y breve!

Y con ademán resuelto,
con los acicates hiere
su caballo, y sus soldados
háce reunir prontamente.

X

De Valladolid Trujillo
la marcha emprende ligera
para ir á conferenciar
á Acámbaro con Calleja,

La situación que aquél guarda
es apurada y extrema,
pues las tropas insurgentes
de amenazarle no cesan.

Deja encargada la plaza,
entre tanto que él regresa,
al teniente coronel
Sola, que á él se asemeja

En crueldad, y á quien le encarga,
ó más bien dicho le ordena,
que si dentro de tres días,
sin más prórroga ni espera,

Villalongín no se indulta,
ejecute la sentencia

sin remisión ni piedad,
dándole muerte á la presa.

Esta ve pasar las horas
en una angustia suprema,
solo esperando el momento
postrero de su existencia.

Y aunque morir le es amargo,
y más de tan cruel manera,
lo prefiere así mejor,
que no, por salvar á ella,

Su esposo arroje una mancha
en su honra tan limpia y tersa
indultándose cobarde,
traicionando su bandera,

Y solo siente no verle
por la vez última y tierna
en sus brazos estrecharle
como su fiel compañera.

Lo, eso en su calabozo
llora, suspira y se queja
de su suerte infortunada
la infelice prisionera.

XI

Las luces del nuevo día
tiñen de carmin y gualda
las regiones del Oriente
donde el "Punguato" se alza.

Del "Zapote" en la garita
vigilante el retén se halla,
aquel punto resguardando,
que es de México la entrada,
Aparece de repente,
de la loma por la falda,
que viene hácia la garita,
un grupo de gente armada.

El retén pronto lo observa,
se pone al instante en guardia,

y—"¡Quién vive!"—el centinela
con voz imponente exclama.

—"¡La Independencia! contestan
los que llegan, y sus armas
tienden, hacen fuego—"¡Adentro!"
grita el jefe que los manda.

Y cual leones irritados,
los asaltantes se lanzan
sobre el retén, este huye
rápido por la calzada,

De la ciudad hacia el centro
volteando las espaldas,
seguido por los valientes
que pican su retaguardia.

Al llegar á la plazuela
que de "Animas" se llamaba,
el jefe con su asistente
se dirige hacia la "Casa

De Recogidas," y en fuga
consigue poner la guardia,
y montando en su caballo,
y con increíble audacia,

Al edificio penetra;
nadie detiene su marcha;
angosta escalera sube;
pregunta, inquiere, amenaza,

Y logra dar con su esposa
que en la prisión se encontraba.
—"¡Manuel!" exclama ella al punto
con grande gozo en el alma.

Y él la dice:—"¡Esposa mía,
ven, que tu esposo te salva!"
Al instante, presuroso
en sus brazos la arrebató;

La coloca en su caballo,
y por la escalera baja;
sale á la plazuela, entonces
llevando tan dulce carga,

Triunfante y lleno de orgullo,
se dirige á la calzada,
y llegando á la garita
alli al enemigo aguarda

Que á atacarle se presente.
En efecto, sin tardanza,
Sola, al ver en la ciudad
la conmoción y la alarma
Que los de Villalongín
produjeron en la plaza,
un escuadrón, al momento,
sobre el insurgente manda.

Llega á la garita: entonces
con una lluvia de balas
lo recibe, y lo destroza
el guerrero con su espada.

Los soldados del gobierno
vuelven pronto las espaldas,
y huyendo despavoridos
corren ya por la calzada.

Entonces los insurgentes,
pues su jefe así lo manda,
en vez de darles la muerte,
cual pudiera por venganza,

En corrida se contenta
con ponerles, y las ancas
azotan de sus caballos,
por burla, con sus espadas,

Los soldados europeos
llegan temblando á la plaza,
y Villalongín, valiente,
llevando á su esposa amada,

Vuelve airoso al campamento,
donde sus bravos le aguardan,
y elogiando el heroísmo
de su caudillo, le abrazan.

XII.

Ha llegado "Todos Santos,"
Puruándiro está de fiesta,
y el vecindario gozoso,
á disfrutarla se entrega.

De Villalongín las tropas
que en dicho pueblo se encuentran,
como un ataque no temen,
del enemigo, se alegran.

Mas ya la noche sombría
cubre con su cauda negra
desde los alzados montes
hasta los valles y selvas.

Poco á poco va acabándose
el bullicio en las plazuelas
de la población, y todas
sus calles quedan desiertas.

Los vecinos se recogen,
al blando sueño se entregan,
y reina doquier la calma,
y el silencio doquier reina.

En sus cuarteles las tropas
reposan; el centinela
deja oír de vez en cuando
lejano el grito de ¡alerta!

Entretanto por caminos
escusados y veredas,
Don Felipe Castañón,
con caballería europea,

Camina á marchas forzadas,
y en la madrugada llega
á Puruándiro el día dos,
dando á las tropas sorpresa.

Los insurgentes al punto,
con su jefe á la cabeza,
sostienen, cuanto es posible,
la inesperada refriega.

En ella perecen muchos,
y también ¡suerte funesta!
el bravo Villalongín
con su sangre el suelo riega.

Así en aras de la patria
sacrifica su existencia
aquél héroe michoacano
que fué fiel á su bandera.

XIII

El sol de la libertad
al fin brilló para México,
y consumada la obra
quedó que un tiempo emprendieran

Hidalgo, Allende y Aldama
y otros mil que con su esfuerzo
cooperaron entusiastas
y por la patria murieron,

Entre ellos Villalongín,
cuyo nombre celeberrimo,
Michoacán conservar quiso
para perpetuo recuerdo;

Y por eso se lo dió
en Puruándiro allí mesmo
donde fué sacrificado
el insigne guerrillero.

A la plazuela de "Animas,"
patriótico Ayuntamiento,
de "Villalongín" llamóla
y así la conoce el pueblo.

Si pudo con saña impía
la cruel guadaña del tiempo
destruir aquél edificio
do pasó el glorioso hecho

Que la historia ha conservado
en sus anales eternos,
y no están ni los escombros
de la prisión ni del templo;

En cambio, y por más decoro,
se ve allí un jardín ameno,
donde sus gratos perfumes
las flores le dan al viento.

Allí el verano derrama
sus primores con exceso,
y Flora muestra gallarda
todos sus encantos poéticos.

En graciosos surtidores
salta elevado y violento
el líquido cristalino,
que del sol á los reflejos,

Los colores del arco-iris
retratan sus chorros gruesos,
y al caer en anchas tazas
pintan el zafir del cielo.

Así Morelia ha querido
honrar al bravo guerrero
que cual patriota fué un héroe,
y como esposo un modelo.

MARIANO DE J. TORRES.



PABLO GALEANA.

Entre los mil episodios
que de valor hubo en Cuautla,
cuando Calleja y Morelos
como adalides peleaban,
el primero por el Rey
y el segundo por la Patria;
hay que consignar un rasgo
de muy singular audacia,
que descuella en ese sitio
de tan renombrada fama.

Cierta vez, los sitiadores
avanzaron á la plaza
atacando las trincheras
con denuedo y arrogancia;
y en uno de los reductos,
defendido por Galeana,
fué tan extremo el arroj
de las falanges contrarias,
que éste jóven insurgente
salió fuera de muralla,
disparando sin descanso
sobre el grupo que asaltaba.
Tanto arroj causó celo
al jefe español Segarra,
Que ardiendo en ira, acercóse
hacia el valiente Galeana,

y cuerpo á cuerpo entablóse
 lucha mortal, que admiraban
 ambas fuerzas contendientes,
 sin disparar ya sus armas.
 Ese lance fué supremo:
 con su pistola, Segarra
 hizo fuego; más la suerte
 se le mostró bien avara,
 pues su enemigo salvóse;
 quien, con imponente calma,
 disparó su carabina
 derribándolo á sus plantas.
 De sus armas despojóle,
 y conduciéndolo en rastra,
 cual trofeo de su triunfo,
 salvó con él la muralla.
 Ante tamaño heroísmo,
 los soldados de Segarra
 se retiraron medrosos,
 en tanto que en la muralla
 los videntes resonaron
 á la par que las descargas;
 siendo aquel hecho glorioso
 el renombre de Galeana,
 de aquella cruenta lucha
 impercedera página.

RAF. EL DRI CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.



GUADALUPE VICTORIA.

En el asalto que dieron
 á la ciudad de Oaxaca
 las huestes, que el gran Morelos
 en persona comandaba,
 se registró un hecho heroico,
 hecho digno de la fama,
 que en bronce debía esculpirse
 cual galardón de la patria;
 pues sólo en la antigua Roma
 se vieron tales hazañas,
 por hombres singularísimos
 que en su historia se destacan

Las trincheras de las calles
 y los fuertes de la plaza
 habían sido ya tomados
 á vivo fuego y matanza.
 Los repiques de los templos
 y las belicosas dianas
 resonando por doquiera
 la victoria proclamaban;
 mas "El juego de Pelota,"
 que fortificado estaba,
 era el teatro de una lucha
 sin ejemplo, denodada.
 Ancho foso le circuía,
 y nadie se aventuraba

á cruzarlo, sin que al punto
 en él la muerte encontrara.
 Don Guadalupe Victoria
 era quien acaudillaba
 á los bravos asaltantes
 de aquella última muralla
 defendida por "realistas,"
 y anheloso por tomarla,
 en un esfuerzo supremo
 de valor, tomó su espada
 y arrojándola hasta el muro,
 "Allá va en prendas esa arma;"
 les gritó con voz tonante,
 "voy por ella;" y á la charca
 del zanjón echóse á nado,
 desafiando la metralla.
 Tras él, sus fieles soldados,
 victoreándolo, se lanzan
 como alud que se despeña;
 cual turbión que se desata;
 y al desvanecerse el humo
 de la contienda empeñada,
 la bandera de los libres
 ondeó triunfante en la escarpa.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.



! Treinta contra cuatrocientos.

I

¡Patria! cantando tus glorias,
 mi espíritu se levanta
 sobre miseras pasiones
 con que una mentida fama,
 de tus hijos las grandezas
 algunas veces opacan,
 cuando hay en su vida, muchas
 nobilísimas hazañas,
 dignas del canto de Homero,
 y tristemente olvidadas.
 Por eso cuando á mi mente,
 acuden memorias gratas,
 de tus héroes denodados,
 y recorro aquellas páginas,
 que la historia nos conserva
 como herencia noble y sacra,
 yo siento al mover el pléctro
 sobre mi lira cansada,
 vibrar en cada sonido,
 todas las cuerdas de mi alma,
 como vibran las eólicas
 dulces y divinas harpas,
 y mi mente se transporta,
 á esas épocas lejanas.

de patriotismo ardoroso
 de luchas nobles y santas,
 de ideales que se fueron
 dejándonos triste el alma.
 Arrancar es necesario
 del olvido, algunas páginas,
 hoy que se aprestan tus hijos,
 ¡oh bella y querida Patria!
 a celebrar las proezas
 de tus héroes, las batallas
 en que vertieron su sangre
 para que te levantarás
 entre las libres naciones,
 grande, feliz, respetada....!
 Callen las voces proscritas
 de las pasiones bastardas
 los rencores de partido,
 y las calumnias que infaman;
 y brillen en nuestro cielo,
 todas las glorias pasadas,
 y del mundo por los ámbitos
 vuelen del amor en alas.
 Juntos cantemos los días
 de Dolores y de Iguala,
 y en un mismo sentimiento
 ardan de fe nuestras almas.
 ¡Gloria á Hidalgo y á Iturbide!
 La justicia lo reclama;
 para los dos, hay un sitio
 ¡en el altar de la Patria...!

II.

Era una tarde de Junio, (*)
 rica en ornamento y galas,
 en que los verdes matices
 del campo y de las montañas,

(*) 21 de Junio de 1821.

bajo la bóveda inmensa,
 transparente y azulada,
 paisajes encantadores
 y caprichosos, formaba.
 Entre grandes arboledas,
 Querétaro se levanta,
 con sus cúpulas y torres,
 su alameda, y de sus aguas,
 el acueducto gigante,
 que el noble marqués del Aguila
 hiciera, y ha subsistido
 atrayendo las miradas,
 de los que ven en sus muros
 de lo pasado una página.
 Ya las tropas trigarantes
 que Iturbide acaudillaba,
 ostentando la bandera
 que juraron en Iguala,
 de haber conquistado el reino,
 en unos meses, pasaban
 camino de la metrópoli
 que rendir pronto esperaban,
 por Querétaro baluarte
 que de la realista causa,
 el brigadier Luaces tiene
 bajo su tutela y guarda.
 De que pasara el ejército,
 tres horas hacía escasas,
 cuando desde la Alameda
 en que Luaces contemplaba
 aquella patriota hueste
 con rencorosa mirada,
 vió descender por las lomas
 siguiendo la propia marcha
 del ejército, unos grupos
 pareciendo gente armada.
 Aplica el anteojo, Luaces,
 y ve con burlona calma,
 que la escolta de Iturbide,
 y él á su cabeza, avanzan,

con lento y tranquilo paso
 sin el temor de asechanzas.
 Luaces concibe una idea,
 horrible, negra, satánica,
 batir el pequeño grupo...
 que por estar ya lejana
 la fuerza, no auxiliaría
 á su jefe en la demanda,
 y este, prisionero, acaso,
 ó muerto... Luaces daría
 á la realista causa,
 la más audaz y atrevida
 de las guerreras venganzas.
 Cuenta el número de tropa,
 —Son ¡treinta! con burla exclama
 —No pasarán, lo aseguro,
 por el puño de mi espada...
 y violento como el rayo
 ordena se ponga en marcha
 el Batallón "Zaragoza,"
 cubriendo su retaguardia
 con los "Dragones del Príncipe,"
 y que la tropa mandada
 por el coronel Bocinos,
 militar de nombre y fama,
 espere en "Arroyo Hondo"
 aquella escolta que marcha
 con un Genio á su cabeza
 y en su valor confiada.
 Doscientos ochenta infantes
 de "Zaragoza," en campañas
 probados, como valientes
 por empresas temerarias,
 y ciento veinte dragones
 del Príncipe, cuyas lanzas
 dejaron huellas profundas
 en la insurrección pasada;
 para batir á Iturbide
 aprestan valor y armas.

Manda la pequeña escolta
 como jefe, el denodado
 Epitacio Sánchez; alma
 de rudo acero, y de brazo
 más temible que de Júpiter
 los atronadores rayos.
 Componen aquella escolta,
 en que no había un soldado
 que su valor y proezas
 no acreditase, con rasgos
 dignos de ser esculpidos
 de la epopeya en los fastos;
 quince dragones, y entre ellos
 un alférez temerario,
 que con otros ese día
 honor y ascensos ganaron:
 quince infantes cazadores
 de su capitán al mando,
 siendo del "Fijo de México"
 los escogidos soldados,
 y el capitán, un valiente,
 el célebre don Mariano
 de Paredes y Arrillaga,
 á quien más tarde elevaron
 sus méritos y servicios
 de la presidencia al rango.

IV.

¡Hola! dice con acento
 de verdadera amenaza
 Iturbide dirigiéndole
 á Epitacio la palabra;
 parece que Luaces quiere
 interrumpir nuestra marcha.
 —En efecto, mas no cuitenta
 el Brigadier con las armas
 que nosotros, y esto basta.